



La entrometida vecina de Dios



Ricardo Martí Ruiz





Un jurado presidido por don Juan Bosco Castilla Fernández, escritor y secretario del Ayuntamiento de Torrecampo, e integrado por doña María Antonia Ochoa Macazaga, psicóloga; don Adrián Pérez Campos, empleado de banca; don Juan Cano López, psicólogo; doña Juana Campos Romero, ATS, otorgó a este cuento el XX Premio del Certamen de Narrativa Corta «Villa de Torrecampo», que conceden la Hermandad de Nuestra Señora de las Veredas, la Asociación Benéfico Socio Cultural y Deportiva PRASA-Torrecampo y el Ayuntamiento de Torrecampo.





LA ENTROMETIDA VECINA DE DIOS

Supongo que fue mala mía.
Dios

I

Todo fue como si nada antes de que comenzara el principio. Ni siquiera había de qué quejarse. No sabíamos de malestares ni de sudores o de piquiñas inalcanzables. No había que lidiar con azotes de frío ni brumas o tempestades; y, claro está, el entorno era tan blanco que ni sabíamos que lo era. Nuestra comunidad no albergaba chismes que bochinchar¹ ni polémicas que protestar. No había trifulcas, ni pugilatos, ni controversias, ni disparates. Nada era injusto ni burdo ni torpe ni tenso. Todo era constante: igual de igual siempre, y nada lo iba a cambiar.

Hasta que Dios se inventó una silla.

El concepto era tremendo, no hay por qué negarlo. Permitía la oportunidad de doblarse y descansar sin tener que tirarse al suelo, algo que a nadie se le había ocurrido. Esto ocasionó una sensación de agrado imprevista en

¹ Chismorrear (nota del editor).



todos, tan visceral que nos inspiró a fabricar copias de ‘la silla’ para todos disfrutarla también.

Pero Dios no lo dejó ahí, y vino con otro invento.

II

Este aparato era lo mismo que las sillas, pero distinto a la vez; o sea, no era para nada una copia. Y todos cuando lo vimos supimos que era especial porque, aunque hacía lo mismo que las que ya conocíamos, poseía una base más amplia en donde sentarse, y un cojín puesto encima que era muy cómodo; mas tenía algo imprevisto: un apoyo vertical que servía para reposar la espalda.

—Pienso llamarle ‘espaldar’ —dijo, y nos dio una demostración.

—¡Wao! —respondimos al verlo.

Y como si todo eso fuera poco, pronto vimos que la nueva silla estaba capacitada también para apoyar los brazos, con dos barras que salían de los laterales, lo cual consideramos muy ingenioso. Tan impresionante fue, de hecho, que inspiró la creación de un nuevo fenómeno en nuestra existencia: aquel que llamamos ‘mejor’, que no había sido aplicable hasta entonces.

—Explícame ese ‘mejor’, por favor. Creo que lo entiendo, pero... ¿qué significa, exactamente? —consultó la duda.

—Con gusto —respondió Dios—. Significa que un algo es más ‘eso’ que otro algo que también lo es.

—¿O sea que esa silla es más silla que las demás sillas?



—Cumple con sus funciones con mayor capacidad que las otras, y añade algunas nuevas. O sea que sí. Esa silla es bastante más silla que las demás.

—¿Y se puede hacer lo mismo con otras cosas?

—¿Mejorarlas?

—Sí.

—Entiendo que sí. Todo podría mejorar aquí.

Y eso quisimos hacer.

III

Comenzamos mejorando las cosas fáciles.

Mejoramos los saludos para que sean de mayor agrado. Mejoramos el suelo para que provea una sensación más suave para los pies. Y mejoramos las batas² para que resplandecieran más. Así caímos en cuenta de que mejorar las cosas era mejor que dejarlas igual. Eso nos dio ambición, y quisimos mejorar a mayor escala. Decidimos que el entorno que nos rodeaba —tan blanco— sería un proyecto adecuado. Era blanco y más nada, y eso estaba bien; pero no lo bien suficiente. Podía ser un bien mejor. Entusiasmados, los colores ofrecieron una propuesta, y presentaron como alternativa un trasfondo pastel amarillo con bolitas blancas que se movían en círculos flotando por todas partes. Eso estaba bien, pero no tanto mejor que el color blanco establecido; y cuando lo revelaron, todos reaccionamos de manera similar.

² En Puerto Rico, vestimenta blanca, similar a una toga, que se suele asociar con los ángeles en el cielo.



—En verdad es casi lo mismo —dijo la apatía—. Solo cambió el color y se añadieron unos circulitos bailarines.

—Debe de haber mejores mejores —concluimos.

IV

Se les solicitó a los colores que presentaran una selección de alternativas por considerar, a ver cuál sería el entorno indicado. Muchos se ofrecieron, aunque no todos eran buenos. Algunos, incluso, como el de las líneas diagonales con espirales de distintos colores y el garabato gigante en el medio que palpitaba, se derretía y se inflaba, resultaron ser bastante menos mejor que el entorno original que era blanco. Eso inspiró un nuevo fenómeno que se añadió: aquel que llamamos ‘peor’, que es todo lo opuesto a ‘mejor’.

V

Como dije, varios entornos participaron, y muchos eran tan buenos que podrían considerarse suficientemente mejores si hubiesen sido las únicas opciones; pero ninguno se destacó lo suficiente. El que más me agradó a mí fue el resultado de una colaboración entre azul y rojo. Proponía plasmar el suelo donde caminamos de color azul, y llenar todo el espacio restante de un tono brillante rojo. De esa manera, argumentaron, sería 1) más fácil distinguir uno de otro, y 2) más atractivo a la vista. También hablaron de hacer una alianza con el color amarillo para generar unas cajitas flotantes que llamaban ‘nubes’, pero el asunto quedó olvidado por el debate que surgió.



—¿Y por qué no hacemos, en vez, que el espacio sea azul y el suelo restante sea rojo brillante? —preguntó el capricho.

—En realidad, da igual, pienso yo —respondió la indiferencia—. Digo, a fin de cuentas, habrá una parte que será azul y la otra que será roja. ¿Qué importa en qué lado está cuál?

Entonces, la mediación añadió...

—Podríamos, tal vez, considerar la posibilidad de mantener, para ver, los dos colores tal cual, pero hacerlos verticales y entrecortados. Digo, si quieren.

Y se sumaron más voces...

—A mí me encanta el concepto como está, pero cambiaría todo.

—¡De acuerdo! Naranja y violeta sería mucho mejor.

—Yo prefiero gris y rosita.

—A mí como que me gustaba blanco.

—Yo seguiría pensando.

VI

A fin de cuentas, decidimos llamar a Dios para que nos ayudara a resolver el asunto de una vez y por todas, y él sugirió algo que nadie pudo refutar, porque no lo entendimos:

—La ‘ex – ce – ¿qué?’

—Excelencia —dijo Dios—. Significa que algo es tan ‘eso’ que define el ‘eso’.

—¿Y ese eso existe?

—Todavía no.

—Y... ¿podría aplicarse al entorno?



—Entiendo que sí. Todo podría ser excelente aquí.
Y le pedimos que lo hiciera.

VII

Dicho sea de paso: mi nombre es Natalia. Me dicen Natty.

Fui vecina de Dios por mucho de lo que ustedes llaman tiempo. Aunque casi nunca lo veía, desafortunadamente, porque siempre estaba en el taller fabricando inventos; y su taller estaba inaccesible, guardado en una dimensión secreta. La verdad es que me hubiera encantado presenciarlo mientras trabajaba —sí, es guapo— pero yo solo lo veía cuando mostraba sus creaciones. Lo vi presentar la silla que confabuló, cuando presentó su entorno, y cuando me trajo a este Universo para salvarnos; pero de eso hablaremos luego.

VIII

Como no teníamos días, ni noches, ni reuniones, ni citas médicas, ni tandas de cine, ni horas de entrada, ni días de semana, pues no teníamos tiempo como tal; o sea que no te puedo decir exactamente cuántas unidades de segundos, minutos, horas, días, meses, años, siglos, o lo que sea, le consumió a Dios construir un entorno excelente; pero te aseguro que valió cada instante invertido.

—¡Es grandioso! —dije, al ver lo que había engendrado.

Llamado “cielo y tierra”, contenía varios de los elementos contemplados en los conceptos originales, pero los integró de maneras maravillosas y los puso en



movimiento constante. Mantuvo la idea de distinguir el suelo del espacio, pero decidió que los colores serían, en vez, tonalidades de verde y marrón para ‘la tierra’, y tonalidades de azul para ‘el cielo’, con varios destellos multicolores repartidos. Mantuvo las ‘nubes’ flotadoras amarillas cuadradas, pero las llamó ‘nubes’ y transformó de maneras variadas, que eran mucho más lindas e interesantes. También trajo una amalgama de conceptos innovadorísimos para acentuar la experiencia, como ‘el horizonte’, ‘la perspectiva’, ‘la brisa’, ‘el arco iris’ y ‘los espejismos,’ que eran tan súper geniales que no los puedo ni explicar con autoridad. Pero el golpe de gracia fue lo que llamó ‘sol’, que era la cosa más bella que habíamos visto. Tanto así que inspiró otro fenómeno más, y que comenzamos a ejecutar de inmediato, aquel que llamamos ‘aplausos’.

IX

La verdad es que el entorno que Dios trajo era tanto mejor que lo mejor que hasta entonces habíamos podido ver o vislumbrar aquí, que muchos comentamos que no contenía falla alguna.

—Nada podría mejorar esta creación —exclamó la satisfacción.

—De acuerdo —añadió el consenso—. Ni en sueños se supera esta maravilla grandiosa.

—Maravilla grandiosa es un insulto si hablas de esta obra maestra —concluyó la adulación. Esta joya es absolutamente certera.

Eso me da una idea, murmuró Dios entre dientes; pero nadie le prestó mucha atención, tan absortos estaban



con el nuevo entorno. Sin que se dieran cuenta, Dios se marchó de regreso al taller en la dimensión secreta a laborar un concepto nuevo que lo cambiaría todo.

Pero tuvo demasiado éxito.

X

Ya indiqué que la creación del entorno que Dios llamó ‘cielo y tierra’ requirió muchísimas cantidades de unidades de tiempo para llevar a cabo. Pues tendrás que multiplicar esa cantidad a la enésima potencia para cuantificar su siguiente esfuerzo, y comprender todo el esmero constante que tiene que haberle dedicado a esta fabricación. Todos queríamos saber qué era lo que estaba haciendo, y te aseguro que yo misma le hubiera preguntado personalmente, de pensar que me contestaría; pero sabía que sería en vano porque él jamás le hubiera dicho a nadie –siempre tan misterioso–; o sea que tuve que esperar con los demás.

A fin de cuentas, era un peinado nuevo.

XI

Parecerá imposible, lo sé, eso de que un recorte cause tanto revuelo, y que requiera tanta atención ejecutarlo, pero esta cosa era absolutamente divina, y todos estuvimos de acuerdo.

—Es mi mejor idea —aseguró Dios, y todos vimos por qué.

No voy a entrar en detalles, porque no existen palabras que le hagan justicia a su maravillosa melena. Punto. Basta con decir lo que ya dije, y asegurar que tú pensarías igual, de haber tenido la dicha de presenciarlo.



—Es... está... pienso que es... lo considero... —
balbució la elocuencia.

—¿Perfecto?

—Creo que sí. Creo que esa es la palabra que busco para describir lo que estoy viendo, pero tendrás que decirme lo que...

—Significa que es inmejorable.

—¿En otras palabras?

—Cada partícula en cada átomo de cada molécula en cada célula de su existencia se encuentra en condiciones absolutamente óptimas, y colabora en conjunto de manera tal que multiplican el potencial de todas y cada una de ellas en todo momento. Por lo tanto, esta cabellera jamás podrá ser superada por ninguna otra de ninguna manera.

—¿Y se puede hacer lo mismo con otras cosas?

—¿Perfeccionarlas?

—Sí.

—Entiendo que sí. Todo podría ser perfecto aquí.

Y eso quisimos hacer.

XII

Unas cuantas unidades de tiempo después, mientras ya todos gozábamos de una misma hermosísima cabellera, durante un día forrado de arco irises y atardeceres, se apareció Dios ante todos. Estaba un poco despeinado, y eso nos sorprendió.

—¡Atención! —gritó, sin tener que hacerlo—. ¡Escuchen bien! Tengo algo de suma importancia que decirles.



Entonces habló sobre un nuevo concepto que habría que explorar, en donde lo que importaba ya no era la perfección nada más, sino alcanzar la fricción perfecta.

—La... ¿per – fric – ción? —preguntamos.

—Sí, la perfricción. Es mucho mejor que la perfección. Se lo aseguro.

—Discúlpame, pero eso sería imposible. Todos sabemos que nada es mejor que la perfección —afirmó la perfección con orgullo; y orgullo estuvo de acuerdo.

—Eso creía yo —respondió Dios—, pero mira mi cabellera. Y todos se echaron a reír.

Alarmado, Dios regresó al taller. Parecía estar tan sumergido en sus pensamientos que dejó el portal abierto. No lo pensé dos veces.

XIII

Tan pronto se me presentó la oportunidad, entré al portal secreto del taller de Dios; y no es que me arrepienta de haberlo hecho, pero ahí descubrí cosas que nunca hubiera querido ver. Desde la contaminación que guardaba en jarras hasta sus pantanos de apatía y los infernales mosquitos que tenía enjaulados, que son insoportables. Tenía toneladas de angustias, una colección de insultos que casi me hizo llorar, odios, engaños y sospechas para regalar; además de un sinfín de ineptitudes y vanidades almacenadas. Tenía cajas tras cajas de tragedias, perdiciones para todos los gustos, accidentes inexplicables, catástrofes y calumnias, pesimismo y venganzas a granel. Todas las enfermedades posibles estaban ahí, junto a su colección de burocracias que también era inmensa. Había pasillos tras pasillos de mala fe, y variaciones de cizañas



postradas en cada rincón. Además de toda una gama de incertidumbres, no preciso cuántas, pero muchas y por todos lados. Creo. Tenía columnas de politiquería, almacenes de corrupción, maletas de racismo, baúles de estupideces y gavetas llenas de desesperanza. Pero eso era solo la entrada.

Al lado contrario guardaba todo lo opuesto.

XIV

Cuando pasé por la sala central y crucé el umbral de la esperanza, me di cuenta de que para todo lo que hay negativo en un lado existe un opuesto positivo al otro lado también. Mi parte favorita fue la fuente de entusiasmo, con sus cascadas de sueños y su pocita colaborativa; pero también disfruté los jardines de elogios, el paseo de la hermandad, la vereda de promesas cumplidas, y...

—¡Al fin! —escuché a Dios proclamar desde bien lejos.

Su voz era tan robusta que formó un eco amplio que abarcó el salón entero, acariciando cada rincón hasta desvanecerse. Luego, escuché sus pasos acercarse con prisa, y me escondí sin pensarlo tras el muro de transparencias —error obvio, lo sé—. Desde ahí lo vi pasar, completamente despeinado, atravesando a paso avanzado hacia la salida del portal.

Una vez más, dejó el portal abierto.

Como podrás imaginar, todos se escandalizaron al verlo esmorusado³. Nadie podía creer el estado de su cabellera, tan descompuesta y poco especial que estaba.

³ Desatendido (nota del editor).



Por eso dijeron muchísimas cosas sobre todos sus pormenores foliculares, a ninguna de las cuales prestó atención.

En vez, Dios tomó una nube del cielo y la utilizó para escribir lo siguiente:

$$- \overset{2}{X} = \overset{2}{X}$$

Al completarlo, satisfecho, se viró ante la comunidad y preguntó: “¿Ahora me entienden?”, pensando que afirmarían que sí, o que por lo menos dirían algo relacionado con el tema.

—Parece que tiene un nido en la cabeza —dijeron, refiriéndose a su cabellera.

—¿Qué derecho creará tener, que nos hace mirar esa cosa?

—Y con lo bien que le quedaba cuando lo tenía perfecto.

Alarmado, Dios regresó al taller. Esta vez no me dejó entrar.

XV

Nunca le di mucho pensamiento a la ecuación que puso Dios en el cielo, pero en realidad no tuve que hacerlo; él mismo inyectó toda la información pertinente en mí. No entiendo cómo lo hizo, pero sé que sé demasiado bien que para todo algo existente hay otro algo opuesto con energía contraria que resulta en lo mismo si lo



multiplicas al cuadrado; y sé que ese antagonismo entre polos opuestos puede servir para generar la tensión que produciría la fricción que impulsaría un giro perpetuo que emanaría la energía sostenida que impulsaría el progreso creativo que mantendría la vida procreando todo tipo de sorprendentes maravillas. Mas comprendo que todos estos elementos que florecerían en un universo de balance perfrito, pronto quedarán aniquilados en este entorno perfecto, porque se cancelarán de inmediato al entrar en contacto con la exigente expectativa y la insatisfacción absoluta de nuestro escrutinio presente, causando la desintegración de todo potencial que la maldita expectativa encuentre. Tampoco tuve que hacer mucho para saber lo mucho que tendría que hacer para salvar a toda nuestra comunidad de la catástrofe que se aproximaba; y salí como si impulsada por alguna fuerza, inspirada a confrontar a todos con la información obtenida. Tenía que hacerles ver la verdad. Tenía que hacerles saber, de una vez y por todas, que la perfección mata.

Para llamar la atención, me despeiné por completo; pero la sorpresa contundente me la llevé yo.

XVI

Se puede decir que ‘ser’ es el mejor verbo que existe. Aparte de los artículos, pronombres y preposiciones, es la palabra más utilizada por todos. No solo porque es linda y cortita, también porque es increíblemente versátil, especialmente en su aplicación ‘es’. Sin embargo, por más ideal que ‘es’ pueda ser, un lenguaje compuesto únicamente de conjugaciones de un mismo verbo no funciona. Y tampoco funciona un cielo



detenido en el atardecer más hermoso posible, los destellos del sol poniente sellados por siempre en un preciso precioso espacio, las aves congeladas en posiciones majestuosas, el oleaje hecho una piedra preciosa, los aromas detenidos, la brisa quieta.

Todo perfecto.

—Pero esta perfección no funciona para nada —grité aterrada. —Tenemos que empeorarla de alguna manera u otra. Habrá que arruinar algo.

—Ser —contestó uno.

—Es —dijo otro.

—Siendo —añadió uno más.

Y permanecieron petrificados en posiciones perfectas.

XVII

Pronto la perfección se fue apoderando de todo. Las nubes menos nubes se desvanecieron, junto a todas las olas que aún no estaban completamente desarrolladas, y todo lo demás que en ese preciso instante no estuviera en su punto perfecto, que era casi todo. Por eso, bajo presión intensa y escrutinio intolerable, el entorno entero se nos vino encima como si fuera techo de carpa, y tuve que huir corriendo de vuelta al portal secreto para encontrar refugio y salvar mi existencia.

Ahí me recibió Dios.

Una vez dentro, cuando llegué a la sala central, en el medio del laboratorio, vi que flotaba la ecuación que Dios había escrito, pero esta vez tenía algo nuevo.



$$\left(- X^2 = X^2 \right) - 1$$

Le pregunté qué significaba el menos uno que estaba añadiendo al final, y me contestó, sencillamente:

—El menos uno soy yo.

XVIII

—¿Y qué pasará ahora? —pregunté.

—Una ola de perfeccionismo estará consumiendo todo lo que confronte en nuestro Universo —dijo Dios. — Paso a paso, extinguirá todo lo que encuentre en su camino que no considere óptimo; hasta que solo quede una diminuta partícula condensada de insatisfacción pura.

—¿Y entonces?

—Si no hacemos nada, la pequeña partícula condensada de insatisfacción pura terminará sola y tendrá que confrontarse a sí misma. Inevitablemente, no estará impresionada con sus propias capacidades y se esfumará en un estallido leve de desilusión radial. Esto es inevitable, a menos que causemos lo otro.

—¿Lo otro...?

—Perfricción.

—¿La ecuación que llevas trabajando?

—Sí.

—Cuéntame.

—Muy pronto, la ola de intenso escrutinio implacable alcanzará este lugar. Si abrimos el portal y la



dejamos entrar, podemos confrontarla con su valor opuesto. De esa manera, tal vez, podríamos ocasionar una reacción química masiva que estallaría por todos lados, ocasionando un Universo nuevo que existiría en paralelo con el diminuto Universo restante de perfección eterna.

—¿Y cómo sabes que funcionaría?

—La única manera de que pueda funcionar es no sabiendo —contestó tranquilo.

Acto seguido, levantó ambos brazos para comenzar el proceso.

XIX

Uno pensaría que el valor opuesto de la perfección lo sería el conformismo, o la dejadez; o tal vez la chapucería, o el desinterés, quizás; pero resulta que el verdadero valor que opone la perfección es el movimiento, o la inconclusión. En otras palabras, aquello que está en desarrollo. O sea que, si experimentas, cuestionas, creces, descubres, revisas, combinas, afectas o innovas, estás siendo imperfecto.

Al Dios menear sus brazos, todo lo que había almacenado en el taller cobró vida y salió flotando hacia la sala central. Tanto la malicia como la bondad, la hermosura como lo grotesco, lo sofisticado como lo vulgar, etc., todos los elementos presentes se mezclaron en el centro del taller, donde comenzaron a girar unidos para crear un torbellino inmenso de polos opuestos que fue acelerando de manera exponencial hasta alcanzar la velocidad máxima. Cuando el torbellino alcanzó ese estado, nos sentamos a esperar.

La ola perfeccionista estaba llegando.



—Recuerda que es importante que todo aquí se mantenga imperfecto —me dijo calmadamente. —Para que este desastre no vuelva a ocurrir.

—¿Y por qué me lo dices a mí? ¿Dónde estarás tú?

—Yo seré parte del otro Universo. Está en la ecuación.

—¿Y entonces?

—Entonces no podré hacer más nada, porque seré perfecto.

—Pero...

—Tú, en cambio, lo controlarás todo.

—Pero...

—Te llamarán ‘Naturaleza’, y serás tan bella como lo eres ahora.

Eso me sonrojó bastante, lo admito; jamás pensé que Dios me coquetearía

XX

Ya te he dicho que soy impulsiva, o sea que podrás imaginar cómo actué tan pronto escuché sus palabras. Inspirada, agarré su barba con ambas manos; con la cara cubierta de lágrimas, lo halé hacia mi persona, le planté el beso más perfrito que te podrás imaginar, y...



¡Bang!